Lolita part. I caps. 01-173 PN_Lolita part. I caps. 01-173 11/12/14 16:51 Página 1

Lolita part. I caps. 01-173 PN_Lolita part. I caps. 01-173 11/12/14 16:51 Página 3

Lolita

Lolita part. I caps. 01-173 PN_Lolita part. I caps. 01-173 11/12/14 16:51 Página 5

Vladimir Nabokov

Lolita

Traducción de Francesc Roca

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Lolita part. I caps. 01-173 PN_Lolita part. I caps. 01-173 11/12/14 16:51 Página 6

Título de la edición original:
Lolita
Olympia Press
París, 1955

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Ángel Jové

Primera edición: noviembre 2002
Segunda edición: octubre 2005
Tercera edición: mayo 2011

© De la traducción, Francesc Roca, 2002

© Vladimir Nabokov, 1955. Todos los derechos reservados incluidos los de reproducción total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de los herederos de Vladimir Nabokov

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 1986
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7085-5
Depósito Legal: B. 20652-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Lolita part. I caps. 01-173 PN_Lolita part. I caps. 01-173 11/12/14 16:51 Página 7

A Vera

Lolita part. I caps. 01-173 PN_Lolita part. I caps. 01-173 11/12/14 16:51 Página 9

PRÓLOGO

Lolita, o *Las confesiones de un viudo de raza blanca:* tales eran los dos títulos con los cuales quien escribe estas líneas recibió las extrañas páginas que prologa. «Humbert Humbert», su autor, había muerto de trombosis coronaria, en la prisión, el 16 de noviembre de 1952, pocos días antes de la fecha fijada para el comienzo de su proceso. Su abogado, mi buen amigo y pariente Clarence Choate Clark, un caballero, ex juez de paz, que en la actualidad ejerce la abogacía en el Distrito de Columbia, me pidió que revisara el original; justificaba esta petición en una cláusula del testamento de su cliente que daba a mi eminente primo facultades para obrar según su propio criterio en cuanto se relacionara con la publicación de *Lolita*. Es posible que la decisión del señor Clark se debiera al hecho de que el revisor que había escogido acababa de obtener el Premio Poling por una modesta obra *(¿Tienen sentido los sentidos?)* en la que se discuten ciertas perversiones y estados morbosos.

Mi tarea resultó más simple de lo que ambos habíamos previsto. Salvo la corrección de algunos solecismos y la cuidadosa supresión de unos pocos, pero tenaces, detalles que, a pesar de los esfuerzos de «H. H.», aún subsistían en su texto como postes indicadores y lápidas sepulcrales (que señalaban lugares o personas que el buen gusto hubiera debido evitar y la compasión suprimir), estas notables memorias se presentan in-

tactas. El curioso apellido de su autor es invención suya; y, desde luego, esa máscara –a través de la cual parecen brillar dos ojos hipnóticos– no se ha levantado, de acuerdo con los deseos de su portador. Mientras que «Haze» sólo rima con el verdadero apellido de la heroína, su nombre está demasiado implicado en la trama íntima del libro para que nos hayamos permitido alterarlo; por lo demás (como advertirá por sí mismo el lector) no había necesidad de hacerlo. El curioso puede encontrar referencias al crimen de «H. H.» en los periódicos de septiembre y octubre de 1952; la causa y el propósito de ese crimen habrían seguido siendo un misterio de no haberse permitido que estas memorias fueran a parar bajo la luz de mi lámpara de trabajo.

En provecho de esos lectores anticuados que desean rastrear los destinos de las personas «reales» más allá de la historia «verdadera», cabe suministrar unos pocos detalles recibidos del señor «Windmuller», de «Ramsdale», que desea ocultar su identidad a fin de que «las largas sombras de esta historia dolorosa y sórdida» no lleguen hasta la comunidad a la que se enorgullece de pertenecer. Su hija, «Louise», está ahora en el segundo curso de la universidad. «Mona Dahl» estudia en París. «Rita» se ha casado recientemente con el dueño de un hotel de Florida. La señora de «Richard F. Schiller» murió al dar a luz a una niña que nació muerta, en la Navidad de 1952, en Gray Star, una población del más remoto Noroeste. «Vivian Darkbloom» ha escrito una biografía, *Mi Cue,* que se publicará próximamente, y los críticos que han leído el original lo declaran su mejor libro. Los encargados de los diversos cementerios mencionados informan de que no se ven fantasmas deambulando por ellos.

Considerada sencillamente como una novela, *Lolita* presenta situaciones y emociones que el lector encontraría exasperantes por su vaguedad si su expresión se hubiese diluido mediante insípidas evasivas. Por cierto que no se hallará en todo el libro un solo término obsceno; en verdad, el filisteo de mente más bien *sucia* a quien las convenciones modernas han constreñido para que acepte, sin excesivos aspavientos, una profusa or-

namentación de palabras consideradas malsonantes en cualquier novela trivial, sentirá no poco asombro al comprobar que aquí están ausentes. Pero si, para alivio de esos paradójicos mojigatos, un revisor intentara disimular o suprimir determinadas escenas que cierto tipo de mentalidad llamaría «afrodisíacas» (véase en este sentido la monumental decisión judicial tomada el 6 de diciembre de 1933 por el Honorable John M. Woolsey con respecto a otro libro, considerablemente más explícito[1]), habría que desistir por completo de la publicación de *Lolita,* puesto que esas escenas a las que, llevados de su cortedad intelectual, algunos podrían acusar de poseer una sensualidad gratuita son las más estrictamente funcionales en el desarrollo de un trágico relato que apunta, sin desviarse ni un ápice de su objetivo, nada más y nada menos que a una apoteosis moral. El cínico alegará tal vez que la pornografía comercial también afirma tener esa pretensión; en cambio, el intelectual quizás objete que la apasionada confesión de «H. H.» es una tempestad en un vaso de agua; que, por lo menos, el doce por ciento de los varones adultos norteamericanos –estimación harto «moderada», según la doctora Blanche Schwarzmann (comunicación verbal)– pasan anualmente de un modo u otro por la peculiar experiencia descrita con tanta desesperación por «H. H.», y que si nuestro obseso narrador hubiera consultado, en el fatal verano de 1947, a un psicopatólogo competente, no habría ocurrido el desastre. Claro que tampoco existiría este libro.

Este comentarista pide excusas por repetir algo en lo que ha hecho hincapié en sus libros y conferencias, es decir, que lo «ofensivo» no suele ser más que un sinónimo de lo «insólito»; que una obra de arte es, en esencia, siempre original, por lo cual su naturaleza misma hace que se presente como una sorpresa más o menos escandalosa. No tengo la intención de glori-

1. Según dicha sentencia, *Ulysses,* de James Joyce, no era un libro obsceno y, por consiguiente, podía venderse en los Estados Unidos. *(N. del T.)*

ficar a «H. H.». Sin duda, es un hombre horrible, abyecto, un ejemplo flagrante de lepra moral, una mezcla de ferocidad y jocosidad que acaso revele una suprema desdicha, pero que no puede resultar atractiva. Es afectado hasta rayar en lo ridículo. Muchas de las opiniones que expresa aquí y allá acerca de las gentes y los paisajes de este país son ridículas. Cierta desesperada honradez que vibra en su confesión no le absuelve de pecados de diabólica astucia. Es anormal. No es un caballero. Pero ¡con qué magia su violín armonioso conjura en nosotros una ternura, una compasión hacia Lolita que hace que nos sintamos fascinados por el libro al mismo tiempo que abominamos de su autor!

Como exposición de un caso clínico, *Lolita* habrá de ser, sin duda, una obra clásica en los círculos psiquiátricos. Como obra de arte, trasciende sus aspectos expiatorios; y más importante aún para nosotros que su trascendencia científica y su dignidad literaria es el impacto ético que el libro tendrá sobre el lector serio; pues en este punzante estudio personal se encierra una lección general; la niña descarriada, la madre egotista, el anheloso maníaco no son tan sólo los protagonistas vigorosamente retratados de una historia única: nos previenen contra peligrosas tendencias, señalan males potenciales. *Lolita* hará que todos nosotros –padres, trabajadores sociales, educadores– nos consagremos con interés y perspectiva mucho mayores a la tarea de lograr una generación mejor en un mundo más seguro.

JOHN RAY, JR.
Doctor en Filosofía
Widworth, Massachusetts, 5 de agosto de 1955

Lolita part. I caps. 01-173 PN_Lolita part. I caps. 01-173 11/12/14 16:51 Página 13

Primera parte

1

Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-li-ta: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos paladar abajo hasta apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo. Li. Ta.

Era Lo, sencillamente Lo, por la mañana, cuando estaba derecha, con su metro cuarenta y ocho de estatura, sobre un pie enfundado en un calcetín. Era Lola cuando llevaba puestos los pantalones. Era Dolly en la escuela. Era Dolores cuando firmaba. Pero en mis brazos fue siempre Lolita.

¿Tuvo Lolita una precursora? Naturalmente que sí. En realidad, Lolita no hubiera podido existir para mí si un verano no hubiese amado a otra niña iniciática. En un principado junto al mar. ¿Cuándo? Aquel verano faltaban para que naciera Lolita casi tantos años como los que tenía yo entonces. Pueden confiar en que la prosa de los asesinos sea siempre elegante.

Señoras y señores del jurado, la prueba número uno es lo que los serafines, los mal informados e ingenuos serafines de majestuosas alas, envidiaron. Contemplen esta maraña de espinas.

2

Nací en París en 1910. Mi padre era una persona amable y

tolerante, una ensalada de orígenes raciales: ciudadano suizo de ascendencia francesa y austríaca, con un toque del Danubio en las venas. Revisaré en un minuto algunas encantadoras postales de azulado brillo. Poseía un lujoso hotel en la Riviera. Su padre y sus dos abuelos habían vendido vino, alhajas y seda, respectivamente. A los treinta años se casó con una muchacha inglesa, hija de Jerome Dunn, el alpinista, y nieta de dos párrocos de Dorset, expertos en temas insólitos: paleopedología y arpas eólicas, respectivamente. Mi madre, muy fotogénica, murió a causa de un absurdo accidente (un rayo durante un picnic) cuando tenía yo tres años, y, salvo una bolsa de calor en mi pasado más remoto, nada subsiste de ella en las hondonadas y valles del recuerdo sobre los cuales, si aún pueden ustedes sobrellevar mi estilo (escribo bajo vigilancia), se puso el sol en mi infancia: sin duda, todos ustedes conocen esos fragantes resabios de días suspendidos, como moscas minúsculas, en torno de algún seto en flor o súbitamente invadido y atravesado por las trepadoras, al pie de una colina, en la penumbra estival, llenos de sedosa tibieza y de dorados moscardones.

La hermana mayor de mi madre, Sybil, casada con un primo de mi padre que la abandonó, servía en mi ámbito familiar como gobernanta gratuita y ama de llaves. Alguien me dijo después que estuvo enamorada de mi padre y que él, despreocupadamente, sacó provecho de tal sentimiento en un día lluvioso y se olvidó de ella cuando el tiempo aclaró. Yo le tenía mucho cariño; a pesar de la rigidez –la profética rigidez– de algunas de sus normas. Quizás lo que ella deseaba era hacer de mí, si llegaba el caso, un viudo mejor que mi padre. Tía Sybil tenía ojos azules, ribeteados de rosa, y una piel como la cera. Escribía poemas. Era poéticamente supersticiosa. Estaba segura de morir no bien cumpliera yo los dieciséis años, y así fue. Su marido, destacado viajante de artículos de perfumería, pasó la mayor parte de su vida en Norteamérica, donde, andando el tiempo, fundó una fábrica de perfumes y adquirió numerosas propiedades.

Crecí como un niño feliz, saludable, en un mundo brillante de libros ilustrados, arena limpia, naranjos, perros amistosos, paisajes marítimos y rostros sonrientes. En torno a mí, el espléndido Hotel Mirana giraba como una especie de universo privado, un cosmos blanqueado dentro del otro más vasto y azul que resplandecía fuera de él. Desde la fregona que llevaba delantal hasta el potentado vestido con traje de franela, a todos caía bien, todos me mimaban. Maduras damas norteamericanas se apoyaban en sus bastones y se inclinaban hacia mí como torres de Pisa. Princesas rusas arruinadas que no podían pagar a mi padre me compraban bombones caros. Y él, *mon cher petit papa*, me sacaba a navegar y a pasear en bicicleta, me enseñaba a nadar y a zambullirme y a esquiar en el agua, me leía *Don Quijote* y *Les Misérables*, y yo le adoraba y le respetaba y me enorgullecía de él cuando llegaban hasta mí los comentarios de los criados sobre sus numerosas amigas, seres hermosos y afectuosos que me festejaban mucho y vertían preciosas lágrimas sobre mi alegre orfandad.

Iba a una escuela diurna inglesa a pocos kilómetros de Mirana; allí jugaba al tenis y a la pelota, sacaba muy buenas notas y mantenía excelentes relaciones con mis compañeros y profesores. Los únicos acontecimientos inequívocamente sexuales que recuerdo antes de que cumpliera trece años (o sea, antes de que viera por primera vez a mi pequeña Annabel) fueron una conversación solemne, decorosa y puramente teórica sobre las sorpresas de la pubertad, sostenida en la rosaleda de la escuela con un alumno norteamericano, hijo de una actriz cinematográfica por entonces muy celebrada y a la cual veía muy rara vez en el mundo tridimensional; y ciertas interesantes reacciones de mi organismo ante determinadas fotografías, nácar y sombras, con hendiduras infinitamente suaves, en el suntuoso *La beauté humaine*, de Pinchon, que había encontrado debajo de una pila de *Graphics*, encuadernados en papel jaspeado, en la biblioteca del hotel. Después, con su estilo deliciosamente afable, mi padre me suministró toda la información que consi-

deró necesaria sobre el sexo; eso fue justo antes de enviarme, en el otoño de 1923, a un *lycée* de Lyon (donde habría de pasar tres inviernos); pero, ay, en el verano de ese año mi padre recorría Italia con Madame de R. y su hija, y yo no tenía a nadie a quien recurrir, a nadie a quien consultar.

3

Annabel era, como este narrador, de origen híbrido; medio inglesa, medio holandesa. Hoy recuerdo sus rasgos con nitidez mucho menor que hace pocos años, antes de conocer a Lolita. Hay dos clases de memoria visual: mediante una de ellas recreamos diestramente una imagen en el laboratorio de nuestra mente con los ojos abiertos (y así veo a Annabel: en términos generales, tales como «piel color de miel», «brazos delgados», «pelo castaño y corto», «pestañas largas», «boca grande, brillante»); con la otra evocamos de manera instantánea, con los ojos cerrados, tras la oscura intimidad de los párpados, nuestro objetivo, réplica absoluta, desde un punto de vista óptico, de un rostro amado, un diminuto espectro que conserva sus colores naturales (y así veo a Lolita).

Permítaseme, pues, que, al describir a Annabel, me limite, decorosamente, a decir que era una niña encantadora, pocos meses menor que yo. Sus padres eran viejos amigos de mi tía y tan rígidos como ella. Habían alquilado una villa no lejos del Hotel Mirana. El calvo y moreno señor Leigh, y la gruesa y empolvada señora Leigh (de soltera, Vanessa van Ness). ¡Cómo los detestaba! Al principio, Annabel y yo hablábamos de temas periféricos. Ella cogía puñados de fina arena y la dejaba escurrirse entre sus dedos. Nuestras mentes estaban afinadas según el común de los preadolescentes europeos inteligentes de nuestro tiempo y nuestra generación, y dudo mucho que pudiera atribuirse a nuestro genio individual el interés por la pluralidad de mundos habitados, los partidos de tenis, el infinito, el solip-

sismo, etcétera. La dulzura y la indefensión de las crías de los animales nos causaban el mismo intenso dolor. Annabel quería ser enfermera en algún país asiático donde hubiera hambre; yo, ser un espía famoso.

Nos enamoramos inmediatamente, de una manera frenética, impúdica, angustiada. Y desesperanzada, debería agregar, porque aquellos arrebatos de mutua posesión sólo se habrían saciado si cada uno se hubiera embebido y saturado realmente de cada partícula del alma y el corazón del otro; pero jamás llegamos a conseguirlo, pues nos era imposible hallar las oportunidades de amarnos que tan fáciles resultan para los chicos barriobajeros. Después de un enloquecido intento de encontrarnos cierta noche, en el jardín de Annabel (más adelante hablaré de ello), la única intimidad que se nos permitió fue la de permanecer fuera del alcance del oído, pero no de la vista, en la parte populosa de la *plage*. Allí, en la muelle arena, a pocos metros de nuestros mayores, nos quedábamos tendidos la mañana entera, en un petrificado paroxismo, y aprovechábamos cada bendita grieta abierta en el espacio y el tiempo; su mano, medio oculta en la arena, se deslizaba hacia mí, sus bellos dedos morenos se acercaban cada vez más, como en sueños; entonces su rodilla opalina iniciaba una cautelosa travesía; a veces, una providencial muralla construida por un grupo de niños nos garantizaba amparo suficiente para rozarnos los labios salados; esos contactos incompletos producían en nuestros cuerpos jóvenes, sanos e inexpertos, un estado de exasperación tal, que ni aun el agua fría y azul, bajo la cual seguíamos dándonos achuchones, podía aliviar.

Entre otros tesoros perdidos durante los vagabundeos de mi edad adulta, había una instantánea tomada por mi tía que mostraba a Annabel, sus padres y cierto doctor Cooper, un caballero serio, maduro y cojo que aquel verano cortejaba a mi tía, agrupados en torno a una mesa en la terraza de un café. Annabel no salió bien, sorprendida mientras se inclinaba sobre el *chocolat glacé;* sus delgados hombros desnudos y la raya de su

pelo era lo único que podía identificarse (tal como recuerdo aquella fotografía) en la soleada bruma donde se diluyó su perdido encanto. Pero yo, sentado a cierta distancia del resto, salí con una especie de dramático realce: un jovencito triste, ceñudo, con un polo oscuro y pantalones cortos de excelente hechura, las piernas cruzadas, el rostro de perfil, la mirada perdida. Esa fotografía fue hecha el último día de aquel aciago verano y pocos minutos antes de que hiciéramos nuestro segundo y último intento por torcer el destino. Con el más baladí de los pretextos (ésa era nuestra última oportunidad, y ninguna otra consideración nos importaba ya) escapamos del café a la playa, donde encontramos una franja de arena solitaria, y allí, en la sombra violeta de unas rocas rojas que formaban como una caverna, tuvimos una breve sesión de ávidas caricias con un par de gafas de sol que alguien había perdido como único testigo. Estaba de rodillas, a punto de poseer a mi amada, cuando dos bañistas barbudos, un viejo lobo de mar y su hermano, surgieron de las aguas y nos lanzaron soeces exclamaciones de aliento. Cuatro meses después, Annabel murió de tifus en Corfú.

4

Rememoro una y otra vez esos infelices recuerdos y me pregunto si fue entonces, en el resplandor de aquel verano remoto, cuando empezó a formarse en mi espíritu la grieta que lo escindió hasta hacer que mi vida perdiera la armonía y la felicidad. ¿O mi desmedido deseo por aquella niña no fue más que la primera muestra de una singularidad innata? Cuando procuro analizar mis anhelos, motivaciones y actos, me rindo ante una especie de imaginación retrospectiva que atiborra la facultad analítica con infinitas alternativas y hace que cada uno de los posibles caminos se ramifique en otros que a su vez vuelven a ramificarse de manera incesante en la perspectiva enloquecedoramente compleja de mi pasado. Estoy persuadido, sin embargo, de que en cierto